



Por Magda Resik

A los Reyes Magos a los siete años le pidió un violín de verdad, pero su padre, tabaquero de oficio, sólo pudo ofrecerle uno de juguete. Al ponerlo en sus manos, no le pidió que fuera un virtuoso del violín, sino que tuviera paciencia: Rafael Lay tuvo que esperar algún tiempo antes de arrancarle sonidos a un violín real.

Cuando ya pudo hacerlo, su virtuosismo apuntó de tal manera que su profesora de música insistió en seguir dándole clases aunque sus padres no pudieran pagarle. Y fue tanta su precocidad, que a los 12 años ya era contratado por la Aragón.

La orquesta animaba bailes públicos hasta el amanecer y no pocas veces el muchacho se quedó dormido mientras

dejaba correr el arco sobre las cuerdas. Por esa época cursaba el tercer año del instrumento al mismo tiempo que el bachillerato.

Más tarde, practicar la odontología le sacó temporalmente las castañas del fuego, pues la música no daba para vivir. Durante años, Rafael Lay mantuvo con cierta fama un taller de mecánica dental en Cienfuegos, esa bellísima ciudad del centro-sur de Cuba donde había nacido un 17 de agosto de 1927. De su buen servicio dieron fe hasta sus colegas de la orquesta, que quizás no por casualidad aconsejaban en una de sus canciones: "Sácate la muela, antes que te duela..."



La lucha por la supervivencia no apagó la vocación del joven músico. La Aragón, típica orquesta de charanga francesa fundada en 1939 por el contrabajista Orestes

Aragón, fue testigo de la perseverancia de Lay, quien pese a ser el más joven del grupo pronto asumió las funciones de primer violín y poco más tarde (1948), al enfermar Orestes, las de director.

Fue precisamente Lay quien introdujo el cha cha chá en el repertorio de la Aragón, con la inestimable ayuda del creador de ese ritmo, Enrique Jorrín. Lay, quien lo admiraba muchísimo, contaba que un día fue a La Habana a solicitarle alguna de sus composiciones. "Cuando le planteé que me diera una mano, no vaciló en dármela. Cogió el repertorio y me lo entregó para que lo copiara: 35 danzones y cha cha chás... ¡Todavía tengo un callo en el dedo!".



Bailes, programas de radio y televisión e incontables presentaciones públicas con el nuevo repertorio, catapultaron a los Aragones a la fama. Durante la década del 50, y en buena medida gracias a la cubanísima música de la Aragón, la RCA Victor desplazó a la PANART en sus ventas para América. A partir de entonces "los prietos" de Rafael Lay, como él los llamaba, no cesaron de ganar puntos en popularidad. Figuras como Benny Moré, que ya por ese tiempo era un consagrado, tenían a bien presentarse junto a ellos en los cabarets más importantes de La Habana como el Montmartre, el Sans Souci y Tropicana.

De Lay, quien también fuera autor de más de 40 obras, especialmente cha cha chás, boleros y danzones, llegó a decirse tras su muerte en un accidente automovilístico en 1985: "Su vida era un pedazo de la Aragón; la Aragón era su vida".



La orquesta se resintió sensiblemente con su pérdida, pero siguió adelante con un rigor y una consagración paradigmáticas. No por gusto en Cuba y otras partes del mundo sus discos siguen vendiéndose al por mayor, mientras lo mismo en Nueva York que en Bogotá, igual en San Juan que en La Habana, los grupos salseros no dudan a la hora de hurgar en su música para encontrar las bases más auténticas de las sonoridades contemporáneas. Y detrás de esos y cada nuevo triunfo de la Aragón, vibra la figura inmensa de Rafael Lay.

